



1810
1960



El viaje

Aspectos de la ARTESANIA NACIONAL

POR RAUL FCO. JIMENEZ



El arte popular chileno, a semejanza de las otras manifestaciones folklóricas, tiene por herencia un patrimonio indígena-hispánico valorado en siglos.

La cerámica tuvo y tiene hondo arraigo en nuestro suelo; y es así como se han producido y se producen loceras en Pomaire y Talagante, Malloco, Parral, Quinchamalí y Cauquenes, Limache, Colina y Quillota y en otros lugares del territorio nacional. Si bien la alfarería se diferencia de la cerámica por su más tosca fabricación, ambas llevan el sello de haberse cultivado a través de los siglos con igual y sin par cariño.

Chile, en los años finiseculares dieciochescos, dio por principio a una cerámica que, con el transcurso de los años, devendría en la famosa cerámica clarisa. Aquellas monjas de claustro, cerradas en hermetismo, fabricaron con amor no igualado las famosas *ollitas de las monjas*, que tan grande aceptación tuvieron en ese entonces como lo atestiguan personajes de aquella época, entre los que están hombres portalianos como don Diego, quien al referirse a ellas pide a uno de sus amigos "dos matecitos dorados de las monjas, de esos olorosos que dan un sabor especial al mate".

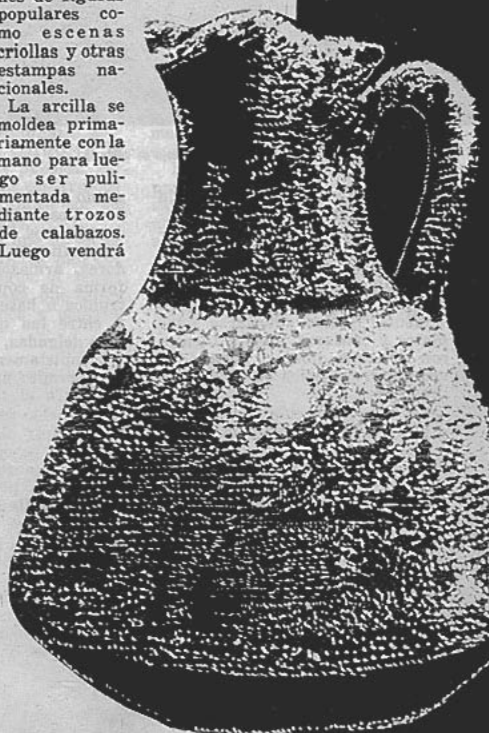
La trayectoria hizo su curso a través de los conventos y hubo monjas reclusas que a este quehacer artesanal consagraron sus más fervientes cariño y dedicación. Por desgracia, no todo lo que relució en una época tiende a sobrevivir; y por tanto, tan noble tradición manual hubo de consumirse por el tiempo. Esta cerámica conocida por el recuerdo como *ollitas de las monjas* tuvo su auge durante el siglo XVIII y comienzos del XIX por las historiadas monjas colocadas bajo la advocación de Santa Clara.

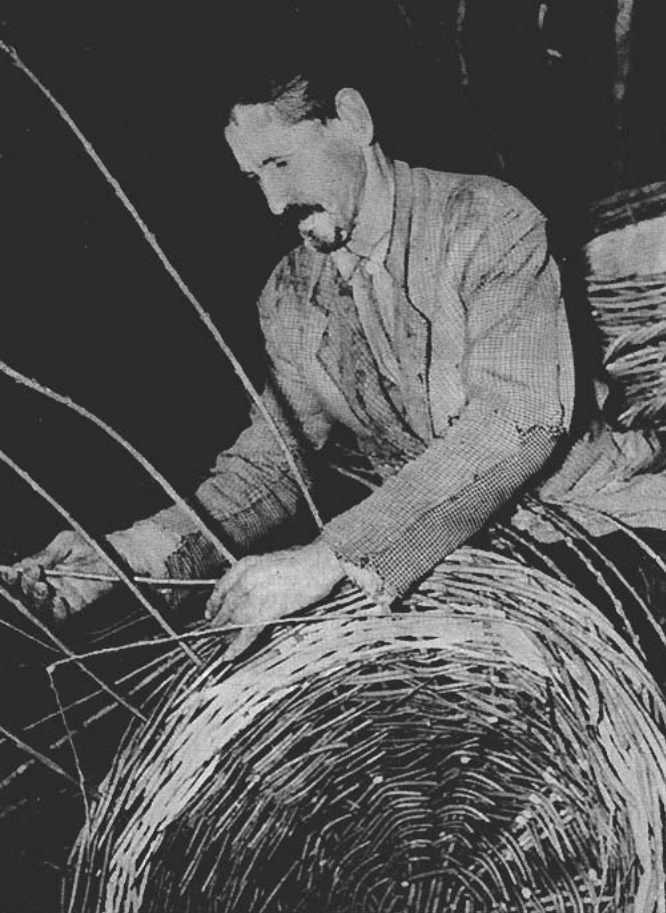
Al decir de la gente que conoció estos trabajos, verdaderos milagros de unas manos superadas en paciencia, eran significativas miniaturas perfumadas que se ofrecían, no para la venta al público, sino para regalo de sus benefactores y síndicos. Sin embargo, esta técnica escondida la obtuvieron ciertas familias ajenas a los ajetreos religiosos, y la fueron transmitiendo por herencia a sus sucesores. Testimonio de esto fue Sara Gutiérrez, una verdadera artífice y proveedora de sus mejores trabajos a la sección folklore de la Biblioteca Nacional, y quien tuvo por conducta no divulgar el secreto aromatizado de la loza por temor a la ceguedad que produce en sus hábiles artesanos. Dichosos los antepasados

de las actuales generaciones que perfumaron con las célebres *ollitas de las monjas* los vastos salones de sus tertulias y saraos.

Pero una tan noble tradición no podía quedar trunca. Si bien no con el perfume que caracterizó a las clarisas, el pueblo chileno a través de sus mujeres siguió y ha seguido dando ejemplares de una técnica laborada en este bello y singular trabajo de las manos. Y así se irradió el deseo de hacer pailas, ollas, lebrillos, callanas, tiestos, maceteros, etc., al modelar la arcilla roja de los médanos y vegas. La técnica es de por sí sencilla y autóctona en su grado primitivo. Los gredales, a semejanza de la confección indígena, pulen sus atributos beneficiosos para darle a las alfareras todo el don de su moldeadura y de su entrega. Y no es raro, por lo tanto, encontrar reproducciones de figuras populares como escenas criollas y otras estampas nacionales.

La arcilla se moldea primariamente con la mano para luego ser pulimentada mediante trozos de calabazas. Luego vendrá





Trabajo de cestería

el fuego lento hecho en la mayoría de las ocasiones de bostas de animales, lo que determinará un comienzo en condiciones apropiadas, esto es, un calor gradual y progresivo para después finalizar con la pintura que se estime conveniente. Suelen adornarse estos platos y cántaros, ollas y fuentes con diversos dibujos, llegando a veces a trabajarlos en bajo y sobre relieve.

De la confección de tinajas y botijas, es muy poco lo que se puede aportar, por cuanto aquellas personas que en un tiempo ya lejano las hicieron no transmitieron la técnica a sus descendientes; y por las conversaciones sostenidas con los campesinos, ellos mismos manifiestan su asombro por el trabajo ejecutado por sus mayores.

La cestería está representada desde antiguo por trabajos hechos de quilineja y de coligüe y en

grado predominante por el mimbre. Los cestos hechos de estos dos últimos ofrecen gran solidez, sobresaliendo entre ellos los secadores, armazones de mimbre en forma de copa invertida, contruidos a base de varillas bastas y entre las que cruzan varillas más delgadas, partidas en cuatro y completamente desbastadas, lo que permite una mayor flexibilidad para el tejido.

El pueblo es muy dado también a construir sillas, mesas, canastos, etc., poseyendo cada uno de estos ejemplares una técnica peculiar. En la provincia de Chillán, en el lugar llamado General Santa Cruz, se hace una cestería llamada de teatina, por ser esta paja la que reviste una armazón de fibra resistente. A su color natural, amarillo dorado, le agregan guardas de color morado subido. Estos trabajos han alcanzado gran difusión y se ha visto venderlos en

pueblos muy distantes de su lugar de origen, lo que demuestra la aceptación que tienen estos trabajos folklóricos.

En la provincia de Chiloé, el coirón, el junquillo, el quiscal y la quilineja son elementos muy preciados para el trabajo de cestería haciendo con ellos canastos de uso doméstico y de trabajo zonal, como es el mariscar. Del junquillo fabrican lazos de reconocida firmeza, que tanto sirven para amarrar animales como embarcaciones menores en sus tareas marítimas. Las mujeres de Cucao, pueblo situado frente a la bahía de su nombre y al oeste del lago donde el río Notué vacía sus aguas, a semejanza de las de Rari, de la provincia curicana, son expertas tejedoras de quilineja, como igualmente las que trabajan el coirón en Puntra, lugar situado al sur de Ancud en la ferrovía que le une a Castro, haciendo magníficos cestos y canastos; cosa no muy usual en el centro del país, pues a esta graminéa la dedican para cubrir techumbres, signo característico de las viviendas campesinas. Para tejer el junquillo, al decir de la gente entendida en estos menesteres, una vez cortado, se pasa por ceniza caliente, enjuagándolo en agua hirviendo y se deja orear en los techos para que el sol lo seque y le dé el color blanco que es el apropiado para iniciar el tejido.

En el pueblo de Rari, cercano a las Termas de Panimávida, se siguen fabricando en una admirable miniatura canastillos y flores de colores diversos, trabajados con la fibra de la coihuera, con crin vegetal o animal y a veces con raíces de álamo. En un principio estos canastillos fueron pintados con un barro especial que se daba en el lugar y al que llamaban rubol, muy semejante a robo que utilizaron los indígenas en sus primitivas tinturas. En esta región linarense, además de los canastillos y flores ya mencionados, las mujeres confeccionan de manera admirable collares, rosarios, platillos, anillitos, pulseras, canastillos rellenos con otros canastillos más pequeños, etc., y que tienen gran aceptación en los mercados urbanos como Santiago y otras ciudades de importancia. Los colores que captan la atención de las trabajadoras manuales son el morado y el verde, el blanco y el negro, además del anaranjado.

A semejanza de una labor trabajada por los indios atacameños y diaguitas en la prehistoria chilena, el pueblo ha seguido cons-



Cerámica llamada "de las monjas"

truyendo cestería de paja adujada. Este arte adujar consiste en trenzar el mimbre en forma espiral, uniendo con pequeñas fibras cada vuelta de la paja. En el pueblo de Hualqui, vecino a la ciudad de Concepción, se venden muchos de estos ejemplares, utilizándolos como paneras, costureros, etc. Esta cestería que arranca su origen de tierras nortefías también tiene su antecedente sureño, porque los araucanos utilizaron esta misma técnica de coser en espiral las fibras del copihue, a las que envolvían en corteza de quila para darle mayor resistencia.

El pueblo, sobre todo en el valle central, trabaja con esmero las famosas chupallas de paja, que tan bien le protege contra el sol en sus faenas agrícolas. Emplean la paja del trigo trenzada, y en ocasiones la paja de teatina, la que convenientemente tratada da oportunidad a estos artífices para construir obras bastante singulares. En Concepción suelen tejérlas, además de las de teatina, con quiscal. En la región de Alhué es muy común que los huasos usen una chupalla hecha a base de fibra de palma, que extraen de Cocalán y Lo Salina, por ser ésta más resistente que la de paja o teatina; pero tiene el agravante de ser el triple más pesada.

A la criolla chupalla de paja, de teatina y de palma no desmerece la confección del sombrero huicano en el pueblo de Santa Cruz, cercano a San Fernando, caracterizado por un pompón que cuelga al lado y que en vez de cinta lleva enrollado cordones de lana multicolores alrededor de su copa. Característico de la región

del Maule es el notable y antiguo bonete maulino, por la terminación de su copa en forma cónica.

Con el fin de avivar el fuego, trabajan sopillos o sopladores de totora, aventadores que van cayendo en desuso. No deben silenciarse los pisos o banquetillos hechos con totora y con quiscal, que tan grande aceptación tienen en los hogares humildes.

Cada pueblo o región posee su trabajo característico en cestería; y así no es raro encontrar los famosos canastos de Combarbalá. San Marcos, en la provincia de Coquimbo, vende a profusión toscas bandejas y cestos bastos colmados de frutas a los pasajeros del ferrocarril longitudinal o *longino*. San Felipe y Curicó no le van en zaga a estos pueblos. En Chiloé son famosos los contruidos de boque o boqui y junco por su atractivo regionalismo.

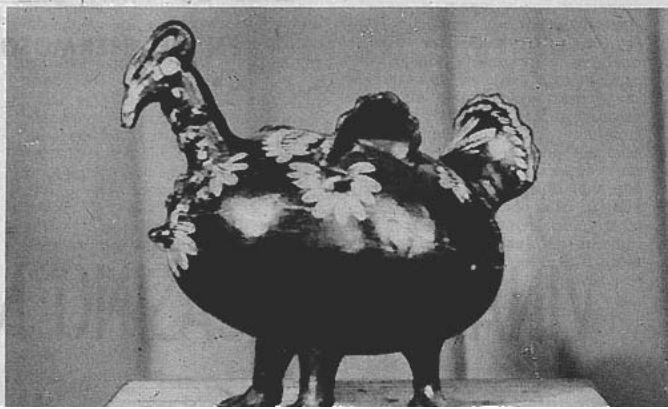
Se puede afirmar que es en el tejido donde las mujeres han sobresalido desde antiguo. A semejanza de las araucanas, que tejieron y tején choapinos y pontros

en sus huitrales, las mujeres del campo poseen bastos telares de rústica factura donde hacen sus chales y mantas, chamantos y frazadas; llegando en ocasiones a adquirir las tejedoras tal habilidad en esta artesanía que llegan a confeccionar alfombras de gran armonía de colores y tan fina trama que compiten ventajosamente con las importadas, como suele suceder en la ciudad de Castro, en Chiloé.

Conservando parecida técnica en el teñido con la que usaron los araucanos, las plantas y árboles que más emplean son la manzanilla mariquita, pangué, arrayán (conocido en el norte del país como chequén), maqui, quintral, romaza, boldo, quila, etc.

El huaso ha acaparado gran parte de la atención de la artesanía popular en sus aperos y atavíos. Un huaso bien plantado es aquel que usa el famoso chamanto y faja donihuanos, célebres por sus colores encendidos y por su trama firme y bien labrada. El chamanto no sirve tanto como

Cerámica de Quinchamal



Visite el Casino de

VIÑA DEL MAR



MUSICA, ALEGRIA Y BAILE,

EN AMBIENTE DE LUJO RE-

FINADO, ES LO QUE HACE

ENCANTADORAS LAS NO-

CHES DE VIÑA DEL MAR,

EN SU HERMOSO CASINO.

VIÑA SIN EL CASINO NO ES VIÑA



Locera de Pomaire con algunas de sus muestras

ropa de vestir, sino como adorno de la indumentaria huasa. Está laborado en franjas de colores vivos como rojos, amarillos, azules, verdes, etc., siendo los más caros aquellos que reproducen en sus ángulos dibujos que representan flores u otros diversos motivos y bordados con primor por hábiles artesanas.

La manta y el poncho de vicuña le acompañan habitualmente. La manta es más delgada, corta y de colores fuertes que el renegrido poncho de vicuña. Es de hacer notar la famosa *manta payá* o *manta payada* de la zona de Illapel de vistosas listas multicolores que caen verticalmente de la boca y de los lados. Entre las mantas que usó la gente antigua, vale la pena recordar a la *manta isleña*, es decir, la que se fabricaba en la Isla de Maipo y que los campesinos nombraban como hecha en l'Eila; a semejanza de algunos actuales, como los de El Asiento, entre Villa Alhué y Talami, y que al referirse a un punto aislado que forma el estero de Alhué con los cerros de Yervas Buenas lo nombran como l'eila (la isla).

El huaso luce en sus labores habituales del agro o en sus fiestas típicas criollas una chaquetilla corta, profusamente adornada

de hileras de botones de concha de perla, que alcanza tan sólo a llegarle a la cintura, dejando al descubierto una faja que suele medir hasta unos tres a cuatro metros, generalmente de color rojo o tricolor: rojo, azul y blanco. Usa un pantalón abombado, el que descansa sobre un zapato construido de una sola pieza. Los arrieros y vaqueros cubren este pantalón con zahones de cuero de cabro, de oveja o vacuno. En los días de fiesta reemplaza estas perneras por botas de cuero, negro generalmente, y que llevan por los costados exteriores de arriba abajo una hilera de tiras o corrones del mismo material. Circunscribiéndole el tacón, lleva taloneras y amplias espuelas nazarenas y sus rodajas tintineantes hacen presentir, por la cascada de sonidos argentinos, desde lejos su presencia.

El estribo chileno tiene reminiscencia arábiga por sus decorados, en los que abundan las rosetas y las grecas. Lo trabajan a mano con gubias y afilados cuchillos y utilizan, por lo general, trozos de madera de quillay o de sauce. También hay estribos de suela y que se denominan de capacho.

Tanto las bridas como la fusta

o penca requieren acabado arte en su trabajo, como también lo precisa la manea. Un lazo bien construido es el mejor regalo que se le puede ofrecer al hombre campesino. Lo trabajan extendiendo sobre el suelo la piel entera del animal. Lo dividen en dos partes; de cada una de ellas hacen un lazo, para lo cual trazan una espiral, la que recortan por medio de un afilado cuchillo. Obtenida así una tira larga la distienden de un extremo a otro; y por haber sido cortada en la forma que se describe les es muy fácil torcerla, ofreciendo por último la forma de un caño. Este lazo así construido no sirve todavía para el uso, por lo que es necesario sobarlo a mano y con paciencia hasta obtener una suma flexibilidad y corrimiento. Un lazo, generalmente, tiene una longitud aproximada de unos diez metros, distancia conveniente para atrapar justo al animal en su carrera desenfundada.

La montura se adorna con cueros trabajados de manera especial y sujeto a ella va el lazo que se ha descrito, unido a la argolla del pégual. Reciben el nombre de cabezadas del rendal las diferentes correas que adornan la cabeza del animal conocido mejor como

bestias; y timbre de orgullo de este hombre de a caballo son las testeras, flecos o cintas que cuelgan a ambos lados de la cara del animal. Algunos inquilinos suelen usar corbatas de colores llamativos por testeras.

En Peñaflor, departamento de Talagante, hubo a fines del siglo pasado una familia de campesinos de apellido Triviños, y que fue famosa por su habilidad para fabricar a mano frenos de caballería. El renombre que alcanzaron estos frenos traspasó las fronteras y no es raro, aún, que los hacendados de tan preciadas pren-

das las luzcan con orgullosa ostentación.

Una artesanía de grado menor es la realizada con conchas o valvas de algunos moluscos y caracoles, siendo los más comunes aquellos trabajos que representan a la gruta de la Virgen de Lourdes, las alcancías adornadas con figuras de aves, las cajas ribeteadas con conchuelas y que sirven como joyeles, etc. Otros artesanos de arte menor hacen marcos, cajitas y otros objetos y los tallan a cortaplumas, dibujando en ellos originales arabescos.

Es corriente en la gente pobre

de las ciudades y en la rústica que dan los campos apartados en caso de una defunción hacer coronas de papel a base de un alambrado en el que insertan multitud de flores de papel, prevaleciendo los colores blanco y morado. Artistas de más refinado gusto buscan en esta creación floral elementos como la cera y la madera para darle expresión más atrayente a esta manifestación artesanal.

Si se aventura por tierras de la pampa, se encontrará a personas que se dedican al adorno interno de botellas, en cuyo lugar se ven colocadas en franjas caprichosas diversas tierras de colores diferentes.

Los marineros, en sus tiempos de ocio que les deja el navegar diario, suelen construir de manera ingeniosa verdaderos veleros en miniatura y que colocan dentro de una botella.

Personas de acendrado espíritu religioso representan en el interior de dichas botellas escenas de la Pasión de Jesucristo, y son famosas en la cárcel de Talca las que muestran figuras trabajadas con pepas de sandía.

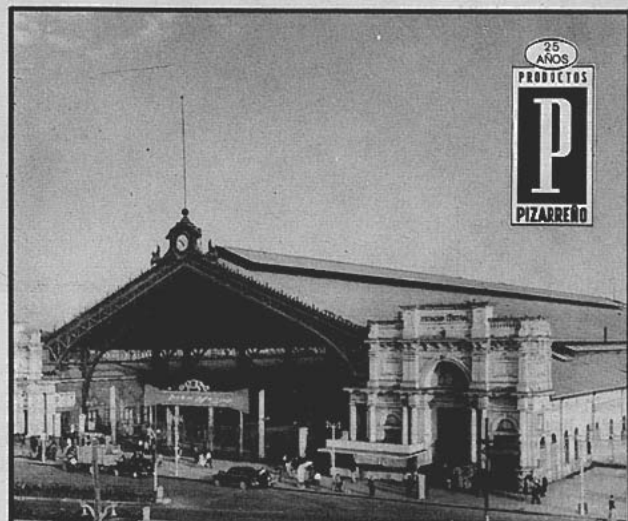
Respecto a esta labor artesanal realizada en las cárceles y penitenciarias, cabe mencionar un famoso bastón que guarda el Museo Histórico Nacional de Santiago, sección prehistoria, y que le fue obsequiado por uno de los reos al Presidente Domingo Santa María, y que tiene la virtud de estar tallado a profusión con figuras humanas y de reptiles, como tratando quizás de acercarse imaginativamente a una escena de la creación del mundo.

Los trabajos en astas de vacunos también han polarizado la atención del pueblo. Así no es raro encontrar cachos chicheros en Llay-Llay, Machali, Alhué, etc. Algunos los adornan con pirograbados para darles una mejor apariencia. Otras veces, estas astas de vacuno sirven para la fabricación de veleros como de manera igual aves de rapiña, como águilas y cóndores.

Los calabazos o mates los trabajan a fuego para darles mayor vistosidad. Los de gran capacidad se dedican para su uso típico, cual es el tomar chicha en mate.

Tales serían en general algunas de las tantas artesanías de mayor o menor calidad a las que el pueblo chileno ha dedicado su tiempo y su cariño para conservarlas y a su vez transmitirles con pequeñas innovaciones a las nuevas generaciones.

R. F. J.



UNA SOLA META: CALIDAD
1935-1960

En el año de su fundación, 1935, PIZARRENO vendió una partida de Planchas para Techo a los Ferrocarriles del Estado para su Estación Alameda, en Santiago.

Desde entonces hasta hoy, 1960, estas Planchas para Techo PIZARRENO han estado sometidas a todos los cambios climáticos, a la vibración y al humo, sin perder ninguna de sus cualidades características.

Distribuidores: Agencias Graham, Delano, Saavedra Bénard, Sodimac.



"ARTESANIA CHILENA"

MUSEO DE ARTE POPULAR
Cerro Santa Lucía, Santiago

REVISTA "EN VIAJE" FF. CC. DEL E.

Fotocolor de C. W. Müller